

Acacia Uceta, *Poesía completa*, Prólogo de Jesús Hilario Tundidor, Madrid, Ediciones Vitruvio, 2014, 395 pp.

Nacida en 1925, y fallecida en 2002, Acacia Uceta fue una interesante poeta que, conforme a su año de nacimiento, y asimismo al de la edición de su libro primero, *El corro de las horas*, aparecido en 1961, ha de adscribirse a la promoción poética que Manuel Mantero denominó “de los cincuenta-sesenta”. Sus siete libros de poesía se recogen ahora en el volumen que recopila su *Poesía completa*, y que lleva un breve, e interesante prólogo de Jesús Hilario Tundidor. Este volumen constituye un nuevo e indispensable aporte al conocimiento de la autora madrileña, como lo fue en su momento el estudio de Luis Arrillaga que la Diputación de Cuenca publicó en 2009 con el título de *Palabras de fuego. La obra literaria de Acacia Uceta*.

Nueve fueron los conjuntos líricos creados por esta poeta, dos de ellos aparecidos con carácter póstumo en este tomo en el que se ha juntado toda su poesía. Se trata de *Calendario de Cuenca* y de *Memorial de afectos*. Los siete anteriores permitieron a la crítica advertir que en su palabra esencial se implicaba como una de sus claves la vertiente de la temporalidad. Esa dimensión se refleja en el título de su obra inaugural, *El corro de las horas*, y de la que le siguió, *Detrás de cada noche*, e igualmente en las titulaciones de los dos libros que dejaría inéditos, y que recién se han referenciado, a los que encabezan las palabras “calendario” y “memorial”.

Otros rasgos definitorios en la poética de esta autora los enuncié en su día en los preliminares que puse a la selección *Ilimitada voz. Antología de poetisas españolas (1940-2002)*, editada por la Universidad de Cádiz en 2003. Allí indicaba que, frente a la erosión del tiempo sobre el vivir, el mundo literario ucetiano va a oponer una tríada de factores: un vitalismo afirmativo, y jubiloso; una creatividad poética susceptible de superar los límites temporales, y una honda vivencia religiosa de índole cristiana, tan elevadamente expresada en su libro de 1987 *Árbol de agua*.

Las referidas características las determiné en base a la lectura de la producción ucetiana que abren y cierran, respectivamente, los citados conjuntos *El corro de las horas* y *Árbol de agua*, obras entre las que publicó las cinco que refiero a continuación: *Frente a un muro de cal abrasadora* (1967), *Detrás de cada noche* (1971), *Al sur de las estrellas* (1976), *Cuenca, roca viva* (1980) e *Íntima dimensión* (1983). Respecto a las dos póstumas, en la *Poesía completa* se dan ambas por finalizadas en 2004, añadiéndose a continuación otro par de poemas que no forman parte de libro alguno. Sobre los textos que han permanecido inéditos hasta recogerse en *Poesía completa* girarán a partir de ahora nuestros comentarios.

Por lo que hace a *Calendario de Cuenca*, anotamos en primer lugar la recuperación en la literatura ucetiana de un asunto al que había dedicado un libro en 1980, el de la urbe conquense, poetizada en *Cuenca, roca viva*. Explica bien ese retorno la circunstancia

de su enraizamiento en la ciudad, recordada en el poema "Vuelvo a ti", que finaliza con la afirmación de que Cuenca es un puerto de mar de piedra innavegable/ donde tengo mis anclas sumergidas." (329)

Ese ligamen interior con la ciudad se refleja muy bien en las composiciones de *Calendario de Cuenca*, un libro que puede considerarse un retrato lírico de ese paisaje urbano en el que se capta, desde un emotivo recorrido sentimental, ese entorno perfilándolo a partir de perspectivas distintas y evocando imágenes, escenas y situaciones vitales ahí experimentadas y en las que reverbera, como apuntaba el poeta Jesús Hilario Tundidor, "un panteísmo hedónico en plena concordancia con sus emociones." (10). La voz que habla en los textos dialoga con Cuenca ensalzándola con un elogio de mucho calado existencial, pues señala que ayuda a encontrarse a sí mismo a todo aquel que la vive, según se lee al culminarse el poema "Descubrimiento": "... cualquiera/ entrando, Cuenca, en ti, puede con gozo/ encontrarse a sí mismo entre tus brazos." (316)

Tal como se anticipa en el título de este libro, el pretexto conquense se incardina con el del paso del tiempo, fundamental en su universo poético, como se adelantó más arriba. La temporalidad, en *Calendario de Cuenca*, se emplea asimismo como factor estructurante, toda vez que la obra se organiza en cuatro secciones (invierno, primavera, verano y otoño) que son motivo para sendos poemas, al igual que los tres meses respectivos comprendidos en cada una. Parecida técnica de estructuración ya la había empleado Acacia Uceta en *Detrás de cada noche*, donde el tiempo es visto en un discurrir que a Tundidor le suscitaba "significaciones del eterno retorno." (8)

Los contornos de las composiciones de *Calendario de Cuenca* son discrecionales, con muy pocas salvedades de cauces preestablecidos. Anoto al respecto los espléndidos romances por los que discurren los poemas "Marzo. Tarde de sol", y "Junio", y subrayo asimismo el logrado soneto "Abril. Día de Viernes Santo" En Uceta llama la atención también la rotunda manera con la que concluye muchos poemas, sin que deje de admirarnos el modo con que los abre. Por poner un par de ejemplos, adviértase la tan feliz intertextualidad con Pablo Neruda ("Cuenca es una canción desesperada") con que comienza la composición "Cuenca", y la no menos feliz línea inicial ("Era noviembre y Cuenca lo sabía." con la que lo hace "Noviembre".

En tres secciones se agrupan los poemas de *Memorial de afectos*, las tituladas "Los poetas", "Los otros" y "Los míos". En la primera se plasman claves de la persona y de la obra de algunos de autores que para Acacia Uceta han sido fundamentales, o con los que establecería nexos de amistad entrañables, a veces en virtud de su ligamen con las tierras conquenses, desde Teresa de Jesús a Martínez Remis, pasando por Jorge Manrique, Antonio Machado, León Felipe, Jorge Guillén, Ángela Figuera, Blas de Otero, Ángel Crespo y Carlos de la Rica.

Los siete poemas adscritos a la sección "Los otros" no tienen que ver con la literatura, sino con otras artes (música, escultura, pintura), y en encomio de varios intérpretes de las mismas, y asimismo con tres admiraciones personales muy distintas: las que se plasman en la elegía inspirada en la muerte del minero Agustín Rueda, en

la composición que lleva su nombre; en el texto basado en aquel muchacho famoso de la Roma imperial que se llamó Antinoo, y al que su emperador amaba; y por último en don Quijote, a quien se interpela recordándole que “cabalga sobre el tiempo tu figura.”

El aludido poema, “Don Quijote, caballero andante”, antecede a la sección tercera, “Los míos”, en la que el tiempo alcanza máximo protagonismo merced al sucederse de hasta cuatro generaciones, inspirando los poemas varios y sucesivos integrantes de ellas, desde los padres de la hablante hasta sus nietos y nietas, todos enlazados entre sí por las savias, por los ramajes, por los frutos paterno-filiales de dar y de recibir la existencia y el ligamen entrañable e indisoluble unos de otros.

Muy escasos artificios retóricos encontrará el lector en la palabra literaria de Acacia Uceta, una palabra que nace con gran soltura pero con mucho sosiego. La anima siempre la emoción, se desarrolla por lo común dentro de una gran fineza lírica, y se encauza a través de ámbitos de una fluencia plena de claridad y en la que muy a menudo sorprenden la perspicacia de las observaciones y el acierto de la expresión.

José María Balcells

